

“Una serpiente llamada Asklepios”

Jaime Campmany

Revista *Época*, 1991

Daré las noticias que tengo, no muchas, acerca de este paisano mío cuyo cadáver se ha puesto de moda. Miguel Espinosa es uno de los escritores más extraños, oscuros, intrincados y heracliteos que ha parido aquella tierra mía, clara y luminosa del sureste. Contaré algo de este escritor a quien sólo ahora, diez años después de su muerte, se ha reconocido y celebrado, y tal vez alguien haya acertado también a leer en un ejercicio de voluntad y de asombro, de fascinación y de paciencia. Miguel Espinosa nació en mi provincia de Murcia, en la Caravaca de los Caballos del Vino, caballos báquicos y arrogantes, sólo un año después que yo, estudió Derecho, como yo, en la misma Universidad que yo, y tomó mil veces café en el mismo bar que yo y en la misma mesa que yo. Y, sin embargo, no puedo decir con certeza quién sea y qué sea, si era de verdad ese Asklepios de que da noticia, un griego exiliado en el tiempo, expulsado de la juventud, nacido en esta otra orilla del Mediterráneo 26 siglos después de Tales de Mileto, cuando los Treinta Tiranos apenas se habían quedado en don Miguel Primo de Rivera. No sé si era de verdad ese último griego, o era simplemente un ensimismado, un filósofo acromegálico, un bobo lúcido, un mudo sonriente y tontorrón al que movían la pluma los dioses o los sabios. Había escrito *Escuela de mandarines*, que es como un pergamino cuneiforme donde algún día intentaré identificar a cada uno de los personajes sus nombres y apellidos, el carné de identidad de los habitantes de aquella ciudad de mi juventud, los reambulantes de ágora, los oradores del foro, los areópagos de la Gobernación Municipal, los colaboracionistas y panegiristas, los enmucetados del paraninfo.

En mis años mozos, cuando yo noctivagaba y parloteaba por las calles de la ciudad, mora y cálida, Miguel Espinosa vivía a solas, como dentro de sí mismo, y cuando alguna vez andaba a mi lado o se sentaba junto a nosotros en el café, acompañaba sin dar compañía, silencioso, quizá atento, quizá desatendido, como una sombra ni grata ni molesta, y no sabíamos nunca si padecía el desdén soberbio del distraído en la hondura del pensamiento o era un tímido empavorecido de su propia locuacidad, o un silente pasmarote, un estafermo habitual, estupefacto bajo la luz barroca, la facundia latina y la

algazara juvenil del “gaudeamus igitur”. Nosotros, los que no supimos ver en sus ojos hundidos, tristes de orfandad y pobreza, la chispa del genio, íbamos de la lírica al tinto, y del Derecho Romano a Margarita Gautier, mientras él ya había penetrado en la academia de Platón y en la escuela de los sofistas.

Llegaba siempre solo, y no pude sospechar que estuviese casado, como en realidad estaba, tan niño, tan huérfano, tan solo y tan desprovisto. Jamás encontré a su mujer, que le dejaba vagar por el ágora sin perseguirle por los cafés donde escuchaba, escribía o se quedaba pensando en las musarañas griegas o en mona de Pascua latina. Nunca he sabido si aquella esposa que le llevaba unos años, que a esa edad parecían un siglo, era zafia, limpia, hacendosa, fea o ignorante. Tenía una madre viuda y cuatro hermanas, y a esas sí, a sus cuatro hermanas las veía yo desde la terraza de Salvador Jiménez, que vivía al otro lado del río, donde empezaba el suburbio, frente a la estatua del conde de Floridablanca, que parece tener en la mano, enrollado el decreto de expulsión de los jesuitas, y, a veces, hacíamos con ellas las bellaquerías desde lejos. Aquellas cuatro muchachas andaban delirando entre la extravagancia y la psiquiatría, y le prestaban a Miguel un aire de corifeo de bacantes o de amazonas, de protegido o recadero de Cervantes.

Cuando me partí del sol y los verdes de Murcia, me enteré desde lejos de que a Miguel Espinosa, inadvertido por sus semejantes, rechazado por los caletres hinchados de la Universidad, maltratado por el destino, sólo había sido reconocido por Enrique Tierno, que le escribió un prólogo; por el hijo de Ortega, que le editó un escrito en la Revista de Occidente; por Manuel Fraga, que en vano le llamó para ayudarle, o por curiosidad magistral de Muñoz Alonso, que le enseñó los primeros silogismos en la clase de Bachillerato de los Hermanos Maristas.

Miguel Espinosa tuvo una confidente llamada Mercedes, a quien le escribía tantas cartas como Goethe a Gertrudis von Stein, una compañera de tertulia llamada Pradin y una amante de cuyo nombre no quiero acordarme. A la amante se la encontró un día en otro lecho, no adónico, sino sáfico. Y entonces el escritor compuso las *Tríbadas*, primero, *La tríbada falsaria*, y después, *La tríbada confusa*, donde relató el suceso. Así era el último griego que paseó a la orilla del etrusco y rojizo Thader, padre de vergeles y espejo de ingenios. La amante le ponía los cuernos con una canéfora de Lesbos, y él se encogía de hombros y escribía un libro. Lo mismo hacía con la dictadura, con la

injusticia, con el atolondramiento de los hombres o con la mísera grandeza de los encumbrados.

Este “Asklepios”, esta noticia autobiográfica del último griego, pertenecía al desdén de Miguel Espinosa por la actualidad y a la despedida de su juventud. Fue el último lujo de una soñada Atenas murciana, no sospechada por ninguno de sus habitantes. Cualquiera parecido con un personaje de la grosera realidad, de la tropa de pícaros y tribunos o de la leva de Epicuro, es pura casualidad. Si acaso, por la serpiente.